

*note e commenti***La enseñanza de la filosofía en la poesía de Diego José Abad**

MAURICIO BEUCHOT*

**1. Datos biográficos**

El Padre Diego José Abad nació en Xiquilpan, Michoacán (México), en 1727. Entró en 1738 en el Colegio de San Ildefonso, de México, regentado por los jesuitas. En 1741 ingresó en la Compañía, tomando el hábito en el noviciado de Tepetzotlán. Repasó la filosofía en el otro colegio de San Ildefonso, el de Puebla, donde conoció al Padre José Campoy, adalid de la introducción de la filosofía moderna en México. En 1748 pasó al Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, de la capital, para estudiar teología. Después enseñó gramática en Zacatecas. Allí escribió el poema "Rasgo épico descriptivo de la fábrica y grandeza del templo de la Compañía de Jesús en Zacatecas", del que posteriormente habría de ruborizarse, por lo gongorista y recargadamente culterano.

Fue ordenado sacerdote en 1751; en 1754 se le llama al colegio máximo a enseñar filosofía. Emuló a Campoy en la renovación de los estudios (según nos dice su biógrafo el P. Fabri¹). Realizó esa renovación cuando fue prefecto del Colegio de San Ildefonso, de México. Nombrado rector del seminario de San Francisco, en Querétaro, en 1764, ejerció la docencia de la teología. Por ese tiempo se dedicaba mucho a la poesía y traducía a Virgilio. Fue a San Ildefonso de México, convocado por el P. Provincial Francisco Ceballos, junto con los otros renovadores, para discutir la mejor manera de efectuar la reforma de los estudios.

En 1767 fue desterrado a Italia, junto con los demás jesuitas mexicanos, yendo a vivir a Ferrara. Su magna composición *De Deo Deoque Homine* (o *Poema Heroico*) se imprimió en Venecia, con grandes elogios, aunque ya el padre

* Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F., México

¹ Cfr. J. L. MANEIRO - M. FABRI, *Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII*, UNAM, México 1989², p. 175.

oratoriano Juan Benito Díaz de Gamarra había hecho ediciones parciales del mismo. Corregido y aumentado, lo volvió a imprimir en Ferrara, en 1775. Abad murió en Bolonia, en 1779².

Además de algunos escritos científico-matemáticos, literarios y teológicos, dejó —según Fabri— un escrito filosófico intitulado *Tratado del conocimiento de Dios*; pero la mejor muestra de sus conocimientos en este campo es su curso filosófico, que lleva simplemente el título de *Philosophia*, y data del bienio 1754-1756. Por otra parte, y esto es lo que nos interesa ahora, expuso muchas ideas filosóficas en su famoso *Poema Heroico*. La expresión cuidada y bella le sirve a Abad para transmitir a sus alumnos enseñanzas de filosofía y teología. Él, que fue un connotado metafísico, en su *Poema Heroico* deja caer al ritmo de sus versos muchas doctrinas metafísicas sobre el Absoluto³.

2. Existencia de Dios

Para introducir la existencia de Dios, usa el argumento *a posteriori*, que parte de las creaturas y, observando un orden innegable, a pesar de las irregularidades que puedan verse —las cuales pueden ser tomadas más bien como excepciones—, concluye la existencia de un ente ordenador de ese todo, inteligente y todopoderoso. «Que exista un poderoso artifice que de la nada haya llamado a la existencia los astros y la concavidad de los cielos, la tierra y el mar y el universo mundo, los cuales con tanta perfección dirija y concierte, las mismas cosas por sí propias nos dan de ello cabal doctrina. Menester es una mente suprema que desde el alto cielo rija en acuerdo la población de los astros que giran a una en concierto tan inalterable y diverso, sin que sus luengos siglos los hayan distraído de su viaje; de modo que siempre se sucedan con alterno paso las noches y los días, y según su ley cobijen la tierra con abrazo disyuntivo»⁴. Mas, para señalar que sólo es uno, descarga sus golpes contra el politeísmo y la idolatría, desacreditando a los dioses de los romanos, toda esa caterva de dioses pecadores que le parece fabulada por una compañía de cómicos. Y arguye que, si son muchos, ninguno es Dios, pues no es posible que haya ni siquiera dos absolutos⁵.

Asimismo, Dios tiene que ser inteligente; más aún, inteligencia pura, que

² Cfr. A. OCHOA, *Diego José Abad y su familia*, Fonapas y Gobierno del Estado, Morelia, Michoacán 1980.

³ En la edición y el estudio de la *Metafísica* de Abad estamos trabajando actualmente la Dra. Concepción Abellán y yo. Para citar el *Poema heroico* de Abad, usaremos la edición bilingüe de B. Fernández Valenzuela, UNAM, México 1974.

⁴ Carmen I, vv. 45-54: *Artificem magnum esse aliquem, qui sidera, caelum, / qui mare, qui terras, totumque vocaverit orbem / e nihilo, tantaque aptaverit, ac regat arte, / sponte sua res nos ipsae informantque, docentque. / Mente aliqua suprema opus est, quae dirigat alto / tot simul astrorum tam constanti ordine gyrum / tam varium, quin longa adeo turbaverit aetas, / quominus alternae redeant noctesque, diesque / semper et ad normam circumvolvantur in orbem, / crescendo semper, decrescendoque vicissim.*

⁵ En otro lugar se queja: «Uno que otro filósofo había reconocido la unidad de Dios; mas esos

sobrepase la imperfección de sus creaturas materiales, por tener aquello más perfecto que conocemos, que es la mente, el pensamiento. Por ello, no es corpóreo, sino espiritual. No puede verse sensiblemente, «ni siquiera es posible abarcarlo con el pensamiento más de lo que una breve concha puede haber de las aguas del mar, ni más de lo que con el dedo puede señalarse de los luceros del cielo. Tiene un nombre sublime: El-Que-Es. Quiere decir, que por sí mismo existe, y que existía ya cuando todo lo que es sepultábase en la tiniebla inexplicable y honda de la nada. Y uno solo es quien no comenzó jamás a existir, y que, siendo desde antes eterno sin principio, será por siempre inmutable y sin fin»⁶. De ahí pasa a hablar de un Dios que es creador, del cual surgieron todas las cosas; y de un Dios que conserva todas las cosas en su funcionamiento, según sus leyes. Y, a pesar de ser uno, no necesita de nada, pues en su interior se distiende en tres personas realmente distintas, y además tiene una relación de padre amoroso con todas sus creaturas, especialmente con los humanos.

3. El hombre y el conocimiento de la esencia de Dios

A los hombres Dios los ha protegido y regido de manera principal, les ha dado una ley natural, inscrita en la mente, para que se orienten en la vida por el camino del bien. Es una ley natural y al mismo tiempo divina, pues Dios la ha escrito al crear las cosas. Abad se da cuenta de que esa ley nos habla tanto de la existencia de Dios como de su proximidad y preocupación por nosotros, como un padre cercano y amoroso, y dice: «Tu santa ley, arraigada y escrita en las mismas telas del alma, es reproche y reclamo de nuestros malos hechos, látigo que nos castiga el corazón si cosa pecaminosa cometimos. El pensamiento mismo, sabedor de nuestras culpas, es tortura de sí propio. Sentimos tu presencia, y por ello te tememos; tu cercana vecindad sobremanera nos espanta, por más que le procuremos al delito oscuridad y apartamiento, y parezca nuestro pecado culpa sin calificador y sin testigo. Aun los delitos no sabidos, encerrados en escondida sombra, palidecen ante ti de temor»⁷.

mismos, torpemente, daban adoración a muchos. Eran ciegos viajeros por caminos siniestros, ciegos caudillos de ciegos, como Zenón y Sócrates y Pitágoras y Platón y Aristóteles, grandes nombres que le llenaban a Grecia la boca de soberbia. Juzgaban que Dios moraba como nosotros en un cuerpo; no tuvieron cabal noticia de la sustancia espiritual; ni pudo ninguno de ellos discernir con acierto los linderos y términos de lo justo y su contrario» (Carmen XXVIII, vv. 107-116)

⁶ Carmen I, vv. 129-137: *neque fas illum comprehendere mente. / Non plus, quam parva mare circumscribere concha / immensum, aut stellas digito deducere caelo. / Magnificum hoc illi nomen "Qui est". Scilicet ille / ab sese est, et erat iam tum quando omnia quotquot / sunt, nihil tenebroso, intricatoque profundo / obruta erant, unusque est, qui non coeperit unquam / esse et qui fuerit retro, aeternumque sine ullo / principio, semperque erit idemmet sine fine.*

⁷ Carmen II, vv. 35-45: *Tua Lex sancta indelebilis haeret / usque infixam animis nostris, damnatque nocentes / vociferans, q̄tiensque alte, intentansque flagelum, / siquid peccamus, siquid committimus; ipsa / supplicium sibi mens est pravi conscia facti. / Nam te sentimus praesentem, teque veremur: / et tua nimirum tua nos praesentia terret, / quantumvis latebras sceleris quaeramus et umbras; / sitque sine humano teste ullo, et iudice crimen.*

En cuanto al conocimiento de Dios por parte del hombre, dice que éste es por necesidad muy limitado, en vista de la inmensidad y perfección de Dios, que trascienden nuestro pensamiento. Por eso exclama: «Dios es incomprensible. Si alguno con tan escasa mente como la nuestra es, pudiese comprenderlo, o si alguno de los soberanos moradores del cielo cuya mente tanto nos sobrepuja y sobra tal pudiese, el hablarte más de Dios era negocio acabado. Ni sería Dios quien así pudiese en tan estrechos términos contenerse»⁸. Y, sin embargo, podemos conocer, además de su existencia, algunas de sus propiedades ya con la razón natural, contemplando el conjunto de las cosas, que funcionan con tanto orden y perfección; pero hay un límite que no se puede traspasar, y es querer conocer los secretos íntimos y las disposiciones de su voluntad: «Lejos esto de ti —aconseja al que quisiera comprender eso incomprensible—, arriéndate por tus pasos, y con acato profundo adora las señales que por doquier admiras y te hablan de Dios»⁹.

Por ejemplo, una de las propiedades de la esencia de Dios, que podemos inferir a partir de las creaturas, es su eternidad; porque, al ser creador suyo y más perfecto que ellas, no puede ser contingente y mudable como lo creado: «Todas las cosas padecen mudanza en el cielo, en la tierra y en los mares; y todas ellas aún conservan ciertas señas de las negras sombras de la nada de donde antaño fueron convidadas a la luz. Uno sólo hay que no conoce mudanza ni sabe padecer vueltas ni lunares. Inmutable y uno como es hoy, lo fue desde la eternidad, y deberá serlo para siempre»¹⁰.

Es decir, su infinitud exige sea inmutable; y, puesto que es inmutable, es eterno; es sin nacimiento y sin muerte; su ser no tuvo principio ni tendrá fin. Abad explica la eternidad como un presente inacabable: no tiene “antes” ni “después”. Y, dada su infinitud espacial (ya que trasciende el espacio) y temporal, i.e. eternidad (ya que trasciende el tiempo), todo lo conoce. Abad lo dice bellamente: «Él es el espectador perpetuo del inmutable misterio de su ser. Todo lo cabe con su abrazo, y con una mirada lo contempla; pero no por ello su mente se muda ni se mueve. No hay expresión alguna de la mente divina que padezca mudanza, ni hay odio ni amor que sea hoy para no ser mañana, ni cosa que no pueda ser para siempre y sin fin. No fatiga su mente con pensamiento móvil como hacemos nosotros, ni con inconstante ánimo se divide en opuestos afanes. En él no se da cambio ni arrepentimiento. Quieta es su mente, y quieta por igual su voluntad. Y así sin mudanza, Él es el mismo y único señor. En razón cabal, Dios es aquel que,

⁸ Carmen III, vv. 1-8: *Incomprehensibilis Deus est. Et si modo quisquam, / exigua, ut nostra est, illum deprendere mente / posset: vel si quis Caeli de gente, supremus, / qui tanto est nobis mente excellentior, Ales; / en tibi de Re suprema actum. Nec Deus esset, / qui posset sic angustis, arctisque teneri / cancellis.*

⁹ Carmen III, vv. 59-60: *Ne tu hoc: i retro, pronusque, et cernuus ore, / quae cernes ubicumque Dei vestigia adora.*

¹⁰ Carmen IV, vv. 18-23: *Omnia mutantur caelo, terraque, marique. / Umbrae, et nigroris, nihilque, unde eruta quondam / omnia, nunc etiam quaedam vestigia servant. / Unus mutari, maculasque, vicesque subire / duntaxat nescit Deus. Immutabilis idem / qui nunc est, fuit aeternum, aeternumque manebit.*

no habiendo tenido principio en su existencia, pueda a la vez comprender todas las cosas en la quietud y en el abrazo de su mente»¹¹. Se recalca el conocimiento intuitivo poderosísimo de Dios, que no necesita razonar como nosotros, pues el raciocinio es imperfecto, causado y corto, mientras que la intuición intelectual es inmediata y amplectente, abarcadora y luminosa. En otro pasaje afirma: «Al verdadero Dios conviene la verdad, pues Él sólo sabe navegar en los incógnitos mares de lo por venir, y mira sin diferencia de tiempo cuantas cosas son, cuantas han sido y cuantas son por llegar, y con un solo gesto de su rostro las concierta»¹².

Además, Abad hace conocer al lector de su poema que Dios es conservador y cuidador de su creación, que protege y conserva al hombre que ha creado. Exclama: «Oh Dios, sustento mío, sólo tú no me dejas de tu mano ni te alejas de mí, pues si vivo, vivo en ti, y me muevo en los gozes de tu luz, de ti tengo cuanto soy, el sentir de mis sentidos y el pensar de mi mente»¹³. El Señor está en todo, lo sabe todo, lo rige todo, y todo lo mantiene en el ser. No sólo es conservador de su creación, sino también providente. Sólo que, como nos hace entender Abad, su providencia bienhechora a veces no es tan palpable como quisiéramos. Sus designios son buenos, pero misteriosos; a veces nos parecen crueles, porque nuestro infantilismo nos hace esperar todo hecho, lo cual nos impediría madurar. Como buen padre que es, nos ama pero sin dañarnos. Nos da con liberalidad, pero respeta nuestra libertad. Por eso Abad le dice: «Sólo tú sabes amarme. Pues, ¿quién, hermosura soberana, sino tú, quién fuera de ti supo darme su amor? Tú eras feliz sin mí, y lo hubieses sido por siempre. Todo mi ser sepultábase en la profunda y temerosa sombra de la nada. Con habla poderosa, de mi sepultura me llamaste, y escuché tu palabra, y del mar de la nada me asomé a la existencia al reclamo de tu voz. Eso era sin ti, y lo hubiera sido por siempre. La vida y la existencia, ¡oh Dios sustento mío!, tú me los diste, y no dejas de dármelos; pues si no me tuviese la piedad de tu diestra, por las mismas pisadas me volvería en un instante a los distritos de la nada»¹⁴. Y aún ha privilegiado Dios al hombre,

¹¹ Carmen IV, vv. 89-101: *Perpetuo praesens semper sibi constat. / Omnia complectens, simul omnia conspicit uno / intuitu, neque transcurrit, neque mente movetur. / Divinae Mentis nulla aut conceptio transit, / aut timor, aut odium nunc est, quod non erit olim, / aut quod non fuerit sine fine per aevum. / Non hoc, deinde aliud, fluxa, ut nos mente revolvit: / non animus sese studia in contraria scindit / mobilis, aut varius nunc hunc, nunc volvitur illuc. / Mens immota manet, manet aequae immota voluntas. / Et solus Dominus sic immutabilis ipse est. / Omnino Deus ille est, qui non coeperit esse, / Immotaque queat simul amplecti omnia mente.*

¹² Carmen XXI, vv. 31-33: *verum vera Deum, qui solus ad usque futura / intuitu penetrat, nullo et discrimine quae sunt, / quaequae fuere, et erunt videt, aspectuque gubernat.*

¹³ Carmen V, vv. 74-77: *Alme Deus, solus tu me non deseris unquam, / ne procul es. Nam si vivo, in te vivo, fruorque / lumine, et abs te habeo quod sum, quod sensibus utor, / menteque...*

¹⁴ Carmen VI, vv. 24-33: *Tu me solus amas. Nam quis Pulcherrime rerum, / quis nisi tu me unquam, quis me, te praeter amavit? / Tu sine me felix et eras, semperque fuisses; / alta ego, et horrenda nihili caligine mersus / totus eram. Grandi mersum tu voce vocasti, / audivique tuam vocem, emersique vocatus / e nihilo: hoc ego eram sine te, semperque fuisset. / Tu mihi quod vivo, quod sum, Deus alme, dedisti, / et das nunc: nisi enim tua me pia dextra teneret; / protinus in nihilum rursus revolutus abirem.*

haciéndolo dueño de las cosas que ha creado, y lo pone a trabajar la tierra, a crear junto con Él.

Un punto difícil, que para nuestro conocimiento humano resulta bastante arduo de comprender, es la bondad o benignidad de Dios. Abad habla del amor que Dios tiene a los seres humanos. Cosa difícil de creer porque vemos mucho mal y sufrimiento en el mundo. Dice que escucha nuestros ruegos, siendo que muchas veces parece que no oye nuestra plegaria, pues no se nos conceden cosas que pedimos y que en verdad necesitamos. Pero Abad explica que en esas ocasiones, como Dios conoce mejor que nosotros lo que es bueno para nuestra santificación —y nuestra salvación y santificación es lo que a Él le interesa—, no nos lo concede si puede apartarnos de ella. Por eso dice: «Pero si conseguimos ser menos oídos, no nos engañan las divinas palabras. Nuestra es la culpa. Somos nuestro propio tropiezo, y no pedimos con el aliento y fe que conviene, o aun las más veces pedimos cosas nocivas y necias. El que bien pide, no halla jamás en Dios sordos oídos»¹⁵.

Habla también de Dios como omnipotente, según lo cual es creador de todas las cosas a partir de la nada. Pone sobre todo de relieve que ha creado al hombre, y alega que lo ha privilegiado, haciéndolo a su imagen y semejanza, esto es, dejándole la impronta de lo espiritual (memoria, entendimiento y voluntad), que es su alma inmortal. Dios es también omnisciente. Conoce sus insondables misterios y los del universo: «El universo es obra y primor de la mente divina, y únicamente Él sabe de qué suerte fue edificada la máquina del mundo»¹⁶. Y, puesto que conoce el proceso de las cosas, las rige y mueve con su acción, es providente. Está omnipresente, sin confundirse con el mundo; aunque puede decirse que *está* en todo por esencia, pues su esencia penetra todo; sin embargo, no *es* todo (lo cual significaría panteísmo), sino que está en todas las cosas por su presencia. Aun cuando nos lo representamos como distante y alejado en el cielo empíreo, Él está cerca. Abad juega con esa paradoja, diciendo: «Dios es Padre y Señor. Y desde las más altas torres de los cielos contempla la redondez de la tierra, y se derrama en ella como un sol, y allegándose hasta la pequeñez última de las cosas, las mira y cría y sustenta y con su calor las regala. Como quien todo lo

¹⁵ Carmen VII, vv. 56-60: *Sin minus audimur, non nos Oracula fallunt / divina. In nobis culpa est: obsistimus ipsi / nobis, nec petimus, qua par est, menteque, fideque: / aut plerumque etiam stulta, et nocitura precamur. / Oranti, ut par est, nunquam Deus obstruit aures.* Incluso a causa del bien del hombre permite Dios los males. Él no causa los males, pues es todo bondad y la maldad, el mal, no puede tener lugar en Él; pero permite el mal o el sufrimiento en vista de un bien mayor. Abad lo expresa así: «Las malas tristezas que permite que se despierten y existan, Él las revuelve y junta, como suele el médico prudente dar de mano a lo que es sabroso y procurar, en cambio, al desabrido enfermo bebedizos amargos. Lo dulce y sabroso le acarrearía la muerte; mientras las amargas pócimas le tornarán en salud» (Carmen X, vv. 58-61: *Quae sint esse mala, et consurgere tristia, miscet / ipse, salutarem seu detrectantibus aegris / miscet amaritiam Medicus, placituraque prudens / submovet. Affèrent interdum dulcia mortem, / et gustata dabunt interdum Absynthia vitam*).

¹⁶ Carmen IX, vv. 7-8: *Mentis, et artis opus divinae est orbis: et unus / ipse Auctor novit, qui facta est machina mundi.*

ve, de una sola mirada ilumina todas las cosas con el relámpago de su luz, y con su voluntad las rige y con su poder las ordena»¹⁷. Conoce lo pasado y lo presente y lo futuro. Y, a pesar de que sabe de antemano lo que va a suceder, y, por consiguiente, lo que va a hacer cada hombre, no lo determina obligando la voluntad de éste, no le resta libertad, sino que ve esa acción como libre. La conoce previamente sólo en cuanto a nuestras categorías, pues más bien la está viendo desde fuera del tiempo, como si fuera presente lo futuro, y, así, la está viendo como libre; por eso no se puede decir que quita o disminuye la libertad del hombre: «No derroca con violencia su venganza impaciente: antevé los atrevimientos de los hombres; mas no los encadena ni los ata ni les estorba el malvado uso de su libertad»¹⁸. Inclusive deja que los malos prosperen, y se enriquezcan y tengan poder, y que los buenos padezcan y estén en la miseria y la aflicción, pero siempre hace triunfar la justicia. Los malos creen que están bien, pero los que en realidad están bien son los justos, aunque sufran a causa de los injustos.

Uno de los aspectos de su justicia es la veracidad; no puede engañar ni ser engañado. Propone su ley y la cumple, sus promesas y amenazas, y les da efecto. Sólo lo detiene la compasión. Así premia y castiga combinando su justicia con su misericordia: «Dios no pondera la fortuna, mas las obras: nivelando con fiel igualado la báscula, a cada cual reparte los castigos o premios de sus méritos»¹⁹. Por eso Abad se afana en resaltar la imagen de Dios como refugio y fortaleza que ampara al mortal de sus desgracias. Porque todos padecemos muchas desdichas en esta vida, dice con cierto pesimismo. Y añade: «Endurecer el corazón y mantenerse impávido como el monte de Marpes, a pesar de los bravos arrebatos de las olas, como pregonan los filósofos, no es posible; ésas son palabras ingravidas, elocuencias vacías. Nuestros males ahondan y escarban el alma. No hay entrañas de hierro, ni corazón de mármol, ni almas de bronce»²⁰. Debido a ello, la única salvación y felicidad es Dios, Él es nuestra única esperanza.

4. Dios y el conocimiento

Abad habla de un atributo de Dios que resulta por demás notable: “Dios de

¹⁷ Carmen X, vv. 1-6: *Et Pater, et Dominus Deus est. Sublimis Olympo, / et circumspiciens terras inde arduus omnes, / se circum effundit, ceu Sol, et humillima quaeque / respicit, ac nutrit, recreatque, fovetque calore. Omnituens, uno, lucis ritu omnia lustrat / intuitu, et regit imperio, nutuque coerces.*

¹⁸ Carmen X, vv. 99-101: *Nec confestim irruit ultor / impatiens: videt ausuros, nec vincula necit, / nec libertati sceleratos impedit usus.*

¹⁹ Carmen XIII, vv. 17-19: *Non quid quis fuerit; sed quid quisque egerit unus / expendit: libransque aequato examine lances, / praemia pro meritis, aut potens cuique rependit.*

²⁰ Carmen XVI, vv. 54-59: *Obdurare animum, queiscumque et fluctibus actum / perstare immotum, ceu stat Marpesia cautes, / et nec sentire, ut blaterat bona turba sophorum; / grandiloquae nugae, mera sunt, et inania verba. / Sentimus mala nostra nimis, neque marmore nobis / obriguit, neque fusum e ferro est, aereve petus.*

las ciencias”. Esto no parece ser un tópico clásico o tradicional en los escolásticos, en cambio sí da la impresión de corresponder a la modernidad y a la Ilustración, de la que Abad fue un representante en México. En efecto, en la escolástica se hablaba de Dios como el dador de toda luz y conocimiento, por lo cual abarcaba de alguna manera y muy ampliamente con su patrocinio las ciencias; pero es más típico de la modernidad esta preocupación de hacer de Dios el señor de las ciencias, que tanta admiración estaban causando con sus avances. Como que en la escolástica se daba por supuesto que Dios era el Dios de las ciencias, y no se insistía en ello; pero, en cambio, en la modernidad, ya que había el riesgo de que las ciencias se escaparan del ámbito del señorío divino —por el creciente agnosticismo y hasta ateísmo—, se insistía en ponerlas bajo la tutela de Dios, como lo hace aquí Abad ahora.

Con la ayuda de Dios, los hombres adquirieron las artes y las ciencias. Es muy revelador lo que dice de las disciplinas filosóficas, en primer lugar, de la lógica: «Las leyes inmóviles que la dialéctica dictó a la razón, con las cuales conocemos por conjeturas ciertas las conclusiones seguras de nuestro pensamiento, lo que debe concluirse y lo que no. Para que podamos llegar a la verdad por sendas sin tropiezo y conocer las cosas no sabidas mediante aquellas que sabemos, nos da un hilo de verdad que dirija por camino seguro nuestros pasos, de suerte que el engaño no embargue ni burle nuestra mente. ¿No son éstos a la verdad dones que derivan de Dios y de su sabiduría soberana? Tocado estarías de locura, si creyeras lo contrario»²¹. En la concepción de Abad, la lógica tiene cierta parte tópica o probable: avanza por *conjeturas* ciertas; pero también una parte analítica o apodíctica: nos hace llegar a la *verdad* (no a la sola opinión probable). Apareja la metafísica a la lógica: «Y qué diré de la [metafísica,] hermana de la dialéctica y como ella criada a los mismos pechos, la cual en vuelo de contemplación se encumbra y asoma a los secretos tan enaltecidos como ajenos al común de los mortales y apenas y a medias accesibles a los más despiertos espíritus. Ella no nace del manantial de los sentidos. Y escruta con audacia lo que está más allende la jurisdicción de lo sensorio, y negocia y entiende con la mente, con el alma y con Dios»²². Es cierto que la metafísica trasciende los sentidos, pero llama la atención el que Abad diga que no nace de los sentidos. Tal vez habría que entenderlo como que no nace directamente de ellos, como las ciencias físicas, sino que sólo le dan un origen remoto (pues en buen aristotelismo, *todo* conocimiento nace de los sentidos, incluso el metafísico, y por la abstracción intelectual se llega a un conocimiento de lo más abstracto y universal).

²¹ Carmen XVIII, vv. 88-96: *Numquid / quas leges adeo certas Dialectica menti / praefixit, quibus ex alio quid rite sequatur? / Quid non? ut recto possimus tramite verum / assequi, et eruere ex notis incognita: filo / nostra regens semper tuto vestigia; nequa / occupet incautam, et ludat Fallacia mentem: / haec, inquam, nunquidne Dei, Mentisque supremae / munera non sint? Insanis nisi senseris esse.*

²² Carmen XVIII, vv. 97-101: *Quid germana soror Dialecticae, ad usque remota / vulgo hominum magis, ad vigili vix pervia menti / assurgens contemplatrix? Non sensibus ortum / debuit haec. Audet scrutari quae procul omnem / exsuperant sensum, Mentemque, Animumque, Deumque.*

Elogia la matemática y sus diversas partes, señalando la importancia que tienen para el conocimiento —como lo verá la modernidad—. Ello testimonia su aprecio por lo moderno. Pero no es aprecio indiscriminado. Si van en contra de Dios, tanto los modernos como los antiguos le parecen reprobables. Dice: «Mira cuánto y por qué deliran los antiguos y los nuevos filósofos. Pues no es concedido a ellos conocer los misterios del reino de los cielos, precisamente porque son soberbios, y son ellos su propia complacencia y aplauso»²³. Y Dios conoce los corazones de los hombres, y no se le oculta si alguien busca en verdad el saber o solamente su vanagloria. Él escruta el interior del ser humano y penetra los pensamientos y los deseos, sin que se le oculte cosa alguna. Quienes nieguen esto reciben la reprensión de Abad: «A esos filósofos —dice— que se ensañan en derrocar de asiento nuestras santas verdades, y que se amañan en desnegar que haya un Dios que more y presida la secreta mansión de nuestra alma, a que aquí comparezcan, los cito y reclamo. Acudan aquí la maña y sutileza de aquellos que solían esforzarse por mostrar en su rostro las señales de una virtud eximia, mientras armaban insidias y tendían ocultos lazos y hacían la fe disimulo y sonrisa el engaño»²⁴. Y en otro lugar añade que la Iglesia, además de los daños hechos por los herejes, «vio peores daños aún, como se levantarían los engreídos filósofos, engendros de estos siglos, que no dejarían nada santo que no hollasen, que harían atrevida burla y escarnio de los divinos libros, y que como jueces de la religión, sentarían sacrílegos tribunales de locura»²⁵.

Más por extenso habla de los *philosophes* franceses de la Ilustración en estos términos: «Mas no por ello pudo conseguirse firme paz, pues de aquella carroña y podre brotaron un tropel de filósofos. Con este título y nombre se llaman a sí mismos, filósofos, delirante tropel. (...) No sacan a brillar las armas de las Escrituras, ni las de los santos Padres, como que de ellas no tienen aiso, ni enseñanza, ni saber. Salen al campo de pelear con argumentos de petulancia y desmán; hacen salsa de picores y burlas, guisos de mentiras y caramelo de ponzoñas con que envenenan y venden al vulgo, como si fuesen invenciones grandes y nuevas, los sueños rancios de Epicuro»²⁶. Pero estos nuevos filósofos no

²³ Carmen XVIII, vv. 282-285: *En cur delirant adeo veteresque, novique / Philosophi. Neque enim datur his mysteria Regni / caelestis capere, idcirco, quia nempe superbi / sunt, ipsique sibi nimium arridentque, placentque.*

²⁴ Carmen XIX, vv. 81-87: *Huc ergo Philosophos istos, qui credere nollent / esse Deum, arcanis nostris qui sensibus adsit / praesens, qui fundo conantur vertere sancta / dogmata, uti sistant sese, compello, citoque. / Huc veteratores vafros, praetendere vultu / praeclaram solitos larvam pietatis; et hamos / interea instruere; et secretos tendere casses, / et simulare fidem, et fraudem praetexere risu.*

²⁵ Carmen XXXIII, vv. 75-79: *Vidit peiora ausuros, quos haec tulit aetas / Philosophos: qui nil sanctum, intactumque relinquunt: / divinosque etiam ridere et spernere libros, / sacrilegumque insani audent stabilire tribunal, / atque ibi Censores de Religione sedere.*

²⁶ Carmen XLII, vv. 683-687 y 696-702: *Nec vero potuit vel tum consistere tuta / Pax. Namque ex horum foetentibus ossibus, agmen / Philosophorum, hoc se titulo, hoc se nomine donant / ipsi Philosophorum, inquam, furiosus agmen / prorupit. (...) Non Scripturarum, aut armamentaria Patrum / tractant: quippe horum indocti, ignarique, rudesque / armorum. Sola armati petulantia, et ausu, / certamen, pugnamque cient: salibusque, iocisque / aspersa, et fuce insidioso, atque illita melle / mortifero, nova tanquam essent, et magna reperta; rancida dividunt Epicuri insomnia vulgo.*

se han contentado con atacar la filosofía tradicional, peripatética y escolástica, sino que se descuartizan entre ellos mismos y todos se ven igualmente extraviados. Aquí notamos los reparos que pone Abad a la filosofía moderna; es decir, no la acepta sin más en bloque, sino que ve los peligros que encierra, y que no todos los filósofos modernos son confiables si se quiere seguir en la línea de la religión cristiana. Por eso critica a algunos de ellos, y ciertamente se ve que a los de la Ilustración, que eran los más adversos a la religión católica, pues propugnaban o abiertamente el ateísmo, o un deísmo racionalista. Dice: «Hace poco, enseñaban una religión natural, y concedían la existencia de cierto Dios que tuviese cuenta del orbe. Esto, decían, es bastante; negaban todo lo demás, según querían, y lo reputaban como mal averiguados inventos de cincuentainas. Todavía hoy procuran dividirse de Dios; y al mismo Omnipotente y regidor del orbe intentan derrocarlo de la silla del cielo que se alza más allá de la cordillera blanca de las nubes. Éstos son los filósofos que nuestra edad aclama con voz unánime»²⁷. Ellos niegan la inmortalidad del alma, con lo que Abad asegura que no se distinguen de Epicuro y de Lucrecio; quieren llevar a los hombres al caos originario, y le parece que hacen esto por impiedad, por su alejamiento de la religión, de las Escrituras y los santos Padres.

5. Conclusión

Todo esto nos da una muestra, en conclusión, de que Abad se sirvió de su poesía para enseñar y transmitir doctrinas filosóficas y teológicas, además de gramaticales y estilísticas. Seguramente el *Poema Heroico* era un texto para ser estudiado por los alumnos bajo el prisma de la preceptiva poética; pero también transportaba enseñanzas de filosofía y teología, envueltas en el ropaje elegante y hermoso de su verso latino. Cumplía varios propósitos didácticos, pues con su belleza subyugaba a quien leía sus rimas y le daba no sólo una clase de latín muy bien cuidado, sino además una culta y profunda enseñanza de materias más áridas y difíciles, como son la filosofía y la teología. Abad se muestra partidario de no hacer enojoso el estudio, sino de lograr, en la medida de lo posible, enseñar deleitando, como pedían los antiguos pedagogos latinos.

²⁷ Carmen XLII, vv. 707-715: *Religionem aliquam naturalem esse, docebant / nuper, et esse Deum nonnullum, cui super Orbe / cura foret. Satis, aiebant, hoc esse; negabant / caetera, et esse anuum male sarta inventa volebant. Nunc etiam hoc rupere iugum; tentantque vel ipsum / siderea de sede, thronoque, a vertice Olympi / Regnatorem Orbis deturbare Omnipotentem. / En quos collaudat, nostra admiratur et aetas / Philosophos!*